

Sultán



(COPIA DEL NATURAL)

Á mi Enrique y á Beldemonio,
su amigo.

I

Al caer la tarde, el tío Tomás de Eira entraba en casa, fatigado, aspeado de estar el día entero trabajando en el campo.

—¡Buenas tardes, por vida de...!— decía á su mujer con un gesto que aparentaba seriedad.

Venía luego el pequeño, Manuel, cru-

zadas las manos, pidiéndole la bendición.

—Dios te bendiga.

—Padre, mire el *Sultán*... —comenzaba á decir el niño.

—Bueno, ya lo sé,—interrumpía el tío Tomás.—El *Sultán* es un bribón, y tú otro que tal.

Y así que sacaba del bolsillo de la chaqueta su hermosa navaja de *media-luna*, que le costó un escudo quince años atrás, y abría el cajón del pan, el tío Tomás daba principio á sus propias alabanzas, murmurando en alta voz, para que la mujer lo oyese:

—Siguiendo así no he de tener un día de descanso... Ni una hora...

Acudía la mujer con las aceitunas y el queso, sin decir palabra.

—..Vamos, que ya era tiempo... Porque ello ha de llegar... Según lo que me voy cansando...

Pero el tío Tomás no era hombre que dijese estas cosas de corazón. Parecíanle largos, interminables, los aborrecidos domingos que transcurrían sin ir al campo, después de madrugár como un mirlo.

—Lo mismo da tuerto que derecho,—decía el bueno de Tomás, encogiéndose de hombros, como quien está disgustado con tener un genio así.

Partía una gran rebanada de pan, un trozo de queso blanquísimo, de la leche de sus cabras, é iba á sentarse consolado, al extremo de la amplia escalera de piedra que daba á la calle, arremangado, en mangas de camisa, muy á su gusto.

Costumbre inveterada en Tomás: apenas se sentaba, masticando el «bocado,» decía á su hijo:

—Oye, Manuel, echa para acá al *Sultán*.

El chiquillo descorría el cerrojo de una puertecita lateral que chirriaba en los goznes á impulsos de sus bracitos rollizos, y dábbase á saltar de contento, diciendo desde la parte de afuera de la calle:

—¡*Sultán*, ven acá, *Sultán*!

Del fondo negro del corralillo, en el marco rectangular de la reducida puerta, destacábase entonces la cabecita parda de un jumento, orejas tiasas, grandes ojos de una tristeza constante, con un mover lento de párpados peludos.

Y allí quedaba parado, absorto, muy

plantado sobre sus delgadas patitas, mirando al tío Tomás que lo llamaba con gran gesto de alegría en sus tostadas facciones, gozoso de ver á su *Sultán*.



Pero el borriquito no avanzaba un paso, divirtiéndose en provocar á Tomás, mirándolo fijamente. Alti-vo en su noble linaje de cuadrúpedo de buena raza, alguien le hubiera podido leer en la mirada, blanda é im-pasible, el frío, helado desprecio con que pare-cía considerar al dueño...

Mas era esto precisamente lo que el buen labrador hallaba gracioso. Y comen-zaba entonces á hablar con gran seriedad, entre resignado y cortés, al desdenguado borriquillo—el pan y el queso cogidos con una de las dos manos y con la otra la navaja de *media-luna*.

—Entonces qué, ¿no vienes, *Sultán*?

—¡No!—parecía responder el animal. Y abstraído, continuaba envolviéndolo en su mirar profundo. Apenas si turbaba la armonía de aquella inmovilidad de estatua, de vez en cuando, una patadita en el suelo, ¡zas!

—¿Te has enfadado, *Sultán*? preguntaba el labrador. ¿Estamos de monos?

Y en seguida, volvía la cara á otro lado para reirse libremente... «que no lo advirtiese *Sultán*...» Metíase en la boca un pedacito de queso, luego una corteza de pan, y arrugando mucho el entrecejo, como quien empieza á enfadarse, poníase muy serio:

—¿No te mueves, *Sultán*? ¿Ya no eres mi amigo?

El rucio bajaba un poco las orejas, inclinaba el pescuezo, como quien se hace el humilde...

—Pues si lo eres, sal de ahí. Mira... — y mostraba un pedacito de pan. — Para ti si vienes...

El *Sultán* daba tres pasos, y salía enteramente de la cuadra. Para vengarse, el tío Tomás acentuaba en su cara la seriedad,

y levantando el rostro iracundo, llamábale interesado, bribón, — afirmando que ya no le daría el pan. Y lanzándole, en fin, la amenaza de venderlo á un gitano, empezaba á tratarlo ceremoniosamente — *señor Sultán*.

Pero el borriquillo iba andando muy lentamente... andando... orejas gachas, el cuello caído, á manera de quien se arrepiente y como pidiendo perdón por la provocación.

Nervioso, moviendo los pies, Tomás volvía la cara á otro lado, riendo como un descosido.

— ¡Diablo de rucio! ¡cuidado que es jugetón! — Es capaz de hacer reir á las piedras, el pillastre. — Y tosía, atragantado por una migaja de queso que se le atravesaba en la garganta.

Entretanto, iba *Sultán* avanzando, haciéndose el remolón, hasta que con el hocico tocaba, levemente, las rodillas de su dueño. El tío Tomás rechazábalo:

— ¡Quita allá! — decía muy enfurruñado y sin volverse. — ¿Crees que no te conozco, ¿eh? ¡Ya no te quiero, vete!

Pero, como inadvertidamente, fingien-

do no querer, acercábale al hocico un pedacito de pan, el mejor de la rebanada. *Sultán* lanzaba una mirada oblicua, entre socarrón y medroso, levantaba cautelosamente el belfo superior, estremecido, y robaba el pan de la mano.

¡Paces hechas! Entonces era llegado el momento de reir ampliamente, con agudas carcajadas, muy estrepitosas.

— ¡Vaya hombre! — decía desde la ventana la señora Josefa. — ¡Pareces tonto!

— ¿Así roba usted á su amo? ¿Diga? ¿Así le roba usted? — preguntaba Tomás con grandes gestos. — Yo no quería darle la merienda. ¡Ladrón, más que ladrón!... Bueno, pues ahora, á saltar.

Era precisamente lo que Tomás quería: ver saltar al *Sultán*.

...Nada, en efecto, señores míos, que divirtiese más al buen labrador, ni que mejor le indemnizase de aquellas trabajosas faenas que le absorbían el tiempo, invariable, perpetuamente, bajo los soles abrasadores y las lluvias torrenciales.

Por eso era de ver cómo reía, con una buena voluntad deliciosa, las «partidas» y «diabluras» de *Sultán*.

Á veces, el borriquillo, picado por no sé qué avispa invisible, arrancábase sin más ni más en carrera abierta, el hocico entre las patas delanteras, agitando la cola, por la calle abajo. Rompía por todos lados en un alarido la pacífica manada de las gallinas, que daban revuelos como si les doliese algo, cacareando cual si les arrastrase una racha de viento. Acudía gente á los postigos, á las puertas, á las ventanas, para contemplar el jaleo; y muy pronto llenábase la calleja de chiquillos, rotos, descalzos, alguno casi en cueros, corriendo detrás del burro, gritándole, espoleándole, espantándolo, — como si el mismo viento de locura hubiese soplado sobre todos, barriendo la calle... Y uno de ellos caía en tierra, y sobre ese pasaban los otros, y sobre todos brincaba *Sultán*, bromeado, perseguido, aclamado, entre la muchedumbre despavorida de los enemigos...

— ¡*Sultán*, *cho*! ¡*Sultán*!

Súbito, como si se le acabase la cuerda, el animal paraba en seco, y en seguida, á su alrededor, colocábase la chiquillería pronta á la fuga, por si le diese el naípe

po atacarla... Y abrían filas de repente, cuando el borriquillo, tocado de nuevo acceso, corría hacia donde estaba su amo, que para no dejarse atropellar, embestía con el *Sultán* abriendo los brazos; lo cual era, como es de suponer, un modo de abrazarlo fingiendo miedo. Venían entonces las carcajadas estridentes, los ruegos para que concediese treguas, las súplicas para que se diese á partido, reculando el Labrador hasta el último peldaño de la escalera, donde se dejaba caer derrotado!

— ¡Pára, *Sultán*, pára! — decía entonces el tío Tomás, poniéndole los pies delante, desviándolo, apoyándose sobre los codos, muy inclinado hacia atrás, riendo como un descosido.

Entonces el burrillo paraba, atragantado. Mas, á poco, rompía en un revuelo de coces, cosa en que era maestro, sacudiendo mucho las patas, la cola al aire, muy tiesa, al mismo tiempo que Tomás, solícito, advertía á los chicos que se apartasen, — «porque era malo aquel demonio.»

Otras veces, como variando de táctica,

dábale por seguir muy cautelosamente, con pérfida calma, como un borrego ó un perro, á cualquier mujer que pasaba por la calle; hasta que, de pronto, pegábale una cabezada, y en seguida los saltos de costumbre, respondiendo con la amenaza de un par de coces á la sorpresa del transeunte.

—¡Eh, tía Luisa! ¡Péguele usted á ese bribón! — gritaba desde su sitio el tío Tomás, con aires de enfado. Y después, dando con el pie en el suelo, pidiendo que le trajesen un vergajo: — ¡*Sultán*, venga usted acá! — intimaba.

¿Y si encontraba un perro? Si encontraba un perro, íbase derecho á él, despacio, con el rabo caído, las orejas gachas, humildemente inclinado el hocico. El perro gruñía, desconfiado, enseñando los dientes, preparándose á morder. No daba *Sultán* señales de miedo, y humildemente proseguía adelante, proponiendo la paz. Mas al primer ladrido, reulaba un paso, despertando de su indolencia pasiva; y con el lomo arqueado, ganaba el terreno perdido mirando impasible al can... Preparábase éste para saltar, gruñendo fuerte,

el pelo erizado; y al embestir para la primer dentellada, brincaba *Sultán* por encima del perro, evitándolo, hasta que, por compasión, dábale una coz suave, «más apariencia que otra cosa,» poniéndolo en fuga, corrido, aullando vencido en la lucha.

—¡Ah, valiente! — gritábale entonces el tío Tomás.

Y con dos palmadas en las ancas, arreábalo al fin hacia el corralillo, diciendo al correr el cerrojo:

—¡No hay dinero con que pagarte, así Dios me salve!

Y tomado el caldo verde de la cena, jamás se iba Tomás de Eira á la cama sin antes bajar á ver al *Sultán* — la luz en la mano izquierda, y en la derecha, apretado contra el sobaco, el sabroso pienso de grano *colmado*. Muchas veces ocurría que, viéndolo comer, se le fuese el santo al cielo á Tomás, recostado sobre el pesebre, sonriendo, hasta que desde arriba, la tía Josefa tenía que intervenir, gritándole por las rendijas del sobrado:

—¡Tomás, á ver si te vienes á acostar, bobo! ¡Mira que es tarde!

Y piamente, como fanático, hallaba verosímil la leyenda de la burra que habló, historia que cierto día, de pasada, le hubo de contar el señor cura. Tanto, que, muchas veces, al darle al burro las buenas noches, extrañaba, con cierto disgusto que *Sultán* no le respondiese:

— ¡Buenas noches!

*
* *

Pero el diablo, que siempre las carga, la armó también un día. Entró Tomás en el corral, muy de mañana, y no encontró al burro. ¡Quedó frío! Púsose á mirar, espantado, la estancia, que le pareció enorme, y á más de enorme, heladísima...

— ¡Josefa! ¡Josefa! —salió gritando á la calle.— ¡Eh, Josefa!

La mujer asomó á la ventana, sobresaltada.

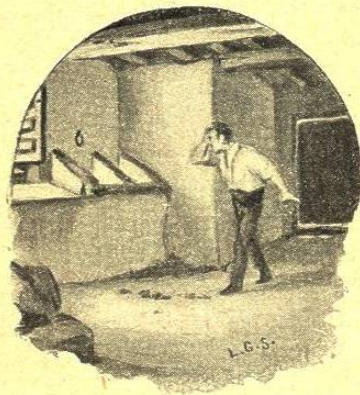
— ¿Querrás creer que me han robado el burro, mujer?

— ¿Qué te han robado qué? —preguntó la tía Josefa, muy asombrada.

— El burro, el *Sultán*. Ven, y verás que lo robaron.

Y como á la vez acudiera Manolito, en camisa, descalzo, rompieron todos tres en gran gritería, frente á la vacía cuadra:

— ¡Socorro! ¡socorro! ¡socorro!



Hasta que el alcalde, que era compadre, acudió medio dormido, y puso en busca del burro y de los ladrones á los alguaciles que comparecieron.

¡Pero en vano! Uno á uno fueron regresando, según avanzaba el día, y lanzando sobre el abatido espíritu del tío Tomás, la negra y vacía palabra:

— ¡Nada!...